



Ambulancia de Cruz Roja durante el desembarco de repatriados en el puerto de Santander (publicada en "El Aviso" el 28 de octubre de 1898).

Texto y fotos: MINO CASTANEDO

Durante aquella mañana del 3 de julio de 1898 el sol ya había recorrido España seis horas antes, e iluminaba el Atlántico de Este a Oeste. En Cuba, a las 9,35 horas, el astro refulgía sobre la artillería metálica de babor de las seis naves de la Armada española que en esos momentos se aprestaban a ser atacadas por los 16 navíos de Estados Unidos. Éstos, formados en semicírculo de combate, esperaban a los españoles a la salida de la bahía de Santiago de Cuba. Días antes, el marino cántabro y jefe del Estado Mayor de la escuadra española, Joaquín Bustamante y Quevedo, resultaba herido de muerte en las lomas de San Juan, defendiendo la ciudad de Santiago. Aquella mañana de julio fue también el último amanecer para 350 marinos españoles y, además, el ocaso en las posesiones de ultramar. Los pecios de la batalla naval de Santiago aún pueden verse en la playa Juan González, donde las herrumbrosas baterías del "Oquendo" se dirigen al cielo. El siglo XIX para la Armada española había comenzado con la derrota de Trafalgar (25-10-1805), y finalizaba con la destrucción de las escuadras de Montojo, en Cavite (Filipinas, 1-5-1898), y de Cervera, en Santiago. Transcurrido algo más de un siglo desde que España pasase el testigo imperial a Estados Unidos, los gobiernos cubano y español dignificarán la memoria de los marinos muertos (entre ellos varios cántabros) que, enterrados en fosas comunes, aguardan un lugar honroso en el recuerdo después de tanto olvido. En la construcción de este memorial está previsto que participe el Gobierno de Cantabria.

Lo que se perdió en CUBA

Un memorial recordará en Santiago a los marinos de 1898

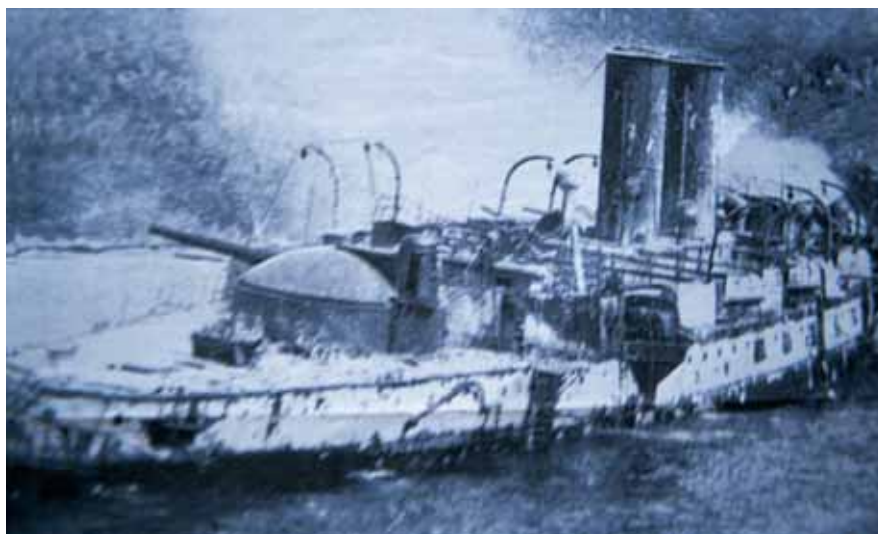


Restos de la prospección arqueológica en la playa Juan González para localizar cadáveres de los marinos españoles que combatieron en los cruceros acorazados “Infanta María Teresa”, “Almirante Oquendo” y “Vizcaya”, cuyos pecios están en la bahía Nima Nima, a 15 kilómetros de Santiago de Cuba (al fondo, medio sumergidos, los restos del “Oquendo”).

Barbeta blindada de popa y cañón Hontoria del “Oquendo”, sobresaliendo en aguas de la playa Juan González.

Semanas antes de saltar a tierra con una dotación de Infantería de Marina, para ayudar al general Arsenio Linares en la defensa de la ciudad de Santiago, el capitán de navío cántabro Joaquín Bustamante se había enfrentado, verbalmente y por escrito, al almirante Cervera presentándole un plan de combate que, según los estrategas navales, hubiera posibilitado la salida de Santiago y alcanzar los puertos norteños de La Habana o de Matanzas, al menos con una parte de la escuadra. Para algunos analistas, Santiago era una *ratonera* desde el punto de vista estratégico. Para otros, en Cervera pesó más (como le sucedió al almirante Patricio Montojo en Manila) el sentimiento hacia la bella ciudad de La Habana y su posible destrucción por un bombardeo naval indiscriminado desde los buques estadounidenses, que “*ir hacia el suicidio*”, como él mismo definió el choque naval contra la poderosa Armada norteamericana.

El sofocante calor tropical de aquel amanecer del 3 julio, en el extremo este de isla Juana (el nombre que Colón dio a Cuba en 1492), hacía sudar a los 2.232 hombres de las dotaciones de la escuadra del almirante Pascual Cervera, que el día anterior había sido conminado por sus superiores, mediante orden tajante, a abandonar la bahía de Santiago y enfrentarse a los buques americanos. Pero, según los especialistas, la artillería de los norteamericanos era tres veces superior a la española. La escuadra salió a las 9,35 de la mañana, y el final de los combates se produjo a las 13,15. Aunque las cifras no son exactas, se estima que entre los españoles hubo 350 muertos, 160 heridos graves y 1.670 prisioneros. En el bando americano tan solo un muerto y un herido a bordo del “Brooklyn”.



El “Oquendo” ardiendo frente a la playa Juan González, el 3 de julio de 1898.


EL PLAN BUSTAMANTE

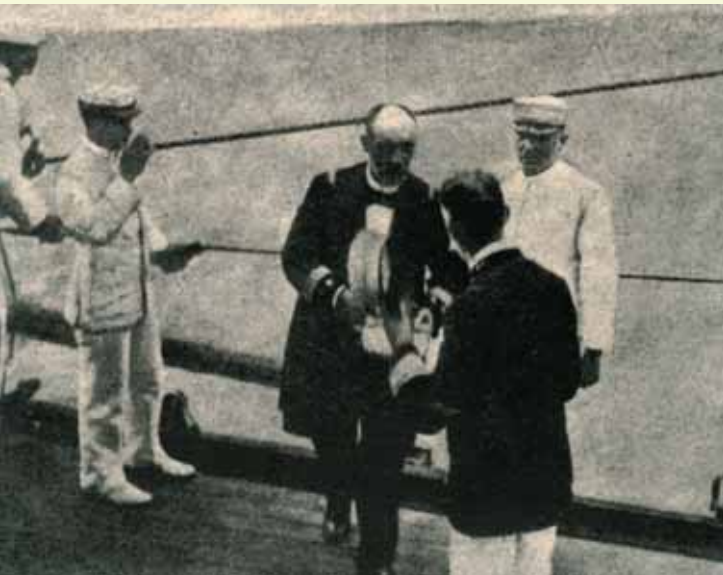
El cántabro Joaquín Bustamante y Quevedo (Santa Cruz de Iguña, 1847- Santiago de Cuba, 1898) fue nombrado en 1898 jefe del Estado Mayor de la escuadra de Cervera. Bustamante perteneció a la Junta de Examen del submarino "Peral", y realizó cursos de torpedos en Cartagena, ideando una mina submarina propia en 1884. La Armada subsidió al entonces comodoro Bustamante con 10.000 pesetas para financiar su proyecto de "mina de orínque", y abandonó las conversaciones con los austro-húngaros, que querían vender a España la patente de una "mina de contacto" por 200.000 pesetas. Por Real Orden del 9 de mayo de 1885, la mina del iguñés fue declarada de uso reglamentario para la defensa de los puertos de España, y usada entre 1884 y 1886.

Bustamante, que ingresó a los 12 años en el Colegio Naval, perteneció a un grupo de notables oficiales de la Armada que, durante la segunda mitad del XIX, estuvieron dedicados a la investigación para sacar a España del atraso científico y técnico generado por las disputas políticas y las guerras carlistas.

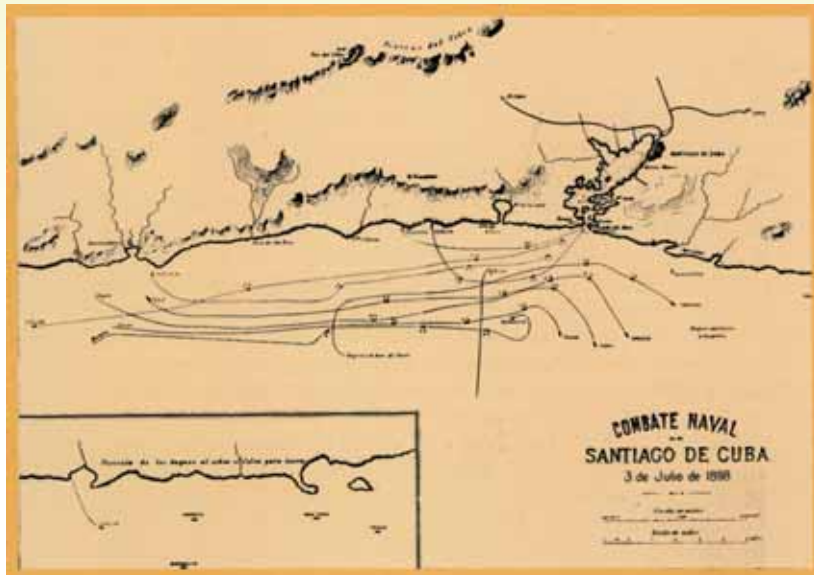


ARCHIVO "LA REVISTA DE CANTABRIA"

 El iguñés Joaquín Bustamante y Quevedo.




DE "SANTANDER FIN DE SIGLO"



DE "SANTANDER FIN DE SIGLO"

El 26 de mayo de 1898 Bustamante ya consideró la rendición o la autodestrucción "inadmisibles sin combatir y salir de Santiago, porque hoy es casi seguro que les sorprendamos y mañana es muy probable que nos estén esperando". El plan del marino cántabro y jefe del Estado Mayor consistía en una salida nocturna de la bahía de Santiago: "Con luna menguante, saliendo primero los destructores a toda velocidad, y pasando por los costados de los tres acorazados que son los más lentos. Poco después saldría el 'Colón', que es el más andador, con rumbo al Oeste-Sudoeste, contra el 'Brooklyn', que se suele situar en esa ala. Después el 'Teresa' por el Este-Sudeste, y sucesivamente el 'Vizcaya' y el 'Oquendo'. De este modo se produciría confusión en la escuadra enemiga, agravada por la obscuridad, y, cuando menos, la flota americana sufriría daños, y más del 50% de la nuestra se salvaría (...). El punto de encuentro debe ser La Habana". (Acta de

 A la izquierda, Bustamante (de frente) se entrevista con el almirante William Thomas Sampson (de espaldas), al mando de la Armada americana. A la derecha, versión española de la batalla del 3 de julio de 1898, ratificada por el jefe de máquinas del acorazado americano "Oregón".

la reunión del 8-6-1898 de la Junta de Jefes de Escuadra en el buque insignia "Infanta María Teresa").

Fallecido Bustamante el 19 de julio de 1898, después de resultar herido en las lomas de San Juan mientras defendía la ciudad de Santiago, llegaron dos mensajes que el gobernador de Cuba y el ministro de Marina enviaron a Cervera el 26 de junio, en el mismo sentido que el plan del marino cántabro. El ministro de Marina cablegrafió a Cervera en los siguientes términos: "... antes de destruir nosotros mismos nuestra escuadra en puerto, debe intentarse salvación total o parcial por salida nocturna...".

EL DESASTRE DEL 98

Una centuria después, los historiadores y, en menor medida, los marinos, no se ponen de acuerdo respecto a la supuesta negligencia de Cervera por permanecer en Santiago durante semanas, consciente de la inferioridad de su escuadra. De ahí



su derrotismo, expresado en la famosa frase cableada al ministro de Marina, Segismundo Bermejo: “Con la conciencia tranquila voy al sacrificio...” (telegrama del 24-4-1898). “... al general Blanco incumbe si debo ir al suicidio arrastrando conmigo a estos 2.000 hijos de España.” (carta de Cervera al general Linares, junio 1898).

El “Desastre de 1898”, como dejó escrito Cervera, quedaba informado oficialmente, y con ese nombre pasó a la historia de España. Para algunos, las causas de ese desastre fueron la reducción de los presupuestos de la Armada entre 1895-1898 en un 4,61%, mientras que EE UU los aumentaba en más de un 14%, consiguiendo, en solo una década, una de las mejores flotas del mundo. Pero a nadie se le escapa que, a finales del siglo XIX, Estados Unidos tenía una población de 76 millones de habitantes, frente a los 18,5 de España, y una producción de acero de 9,2 millones de toneladas por año, en tanto que España generaba 0,2 millones.

REGRESO CON HONOR

En la playa Juan González, al oeste de Santiago y a los pies de la mítica Sierra Maestra, se encontraron hace años siete esqueletos que corresponden a una fosa común de marinos españoles muertos en el combate naval de 1898. El arqueólogo español Francisco Javier Navarro presentó al Ministerio de Defensa a finales de 2002 un proyecto denominado “Regreso con honor”, en el que figuraban las fosas comunes (alguna con más de un centenar de cadáveres) localizadas en esta costa cubana. Con 60.000 euros se realizaron prospecciones que dieron como resultado el hallazgo de varios enterramientos individuales y túmulos.

En el año 2004 el equipo de arqueólogos se trasladó hasta la bahía de Nima Nima y realizó excavaciones en la playa de Juan González, frente a la cual sobresalen aún los restos del buque “Almirante Oquendo”. Este navío tenía una tripulación de 498 hombres, de los que murieron 126 (95 en combate, 12 durante el traslado y 19 en EE UU). El “Oquendo” recibió 58 impactos, de los más de 6.600 disparos que efectuaron los barcos norteamericanos. De sus mandos solo sobrevivió el oficial Contador. Se cree que los 95 marinos muertos están enterrados allí. ■



 En el puerto de Santander, memorial en recuerdo de oficiales cántabros de la Marina Española, junto a un cañón fabricado en La Cavada.

El batallón cántabro

Entre 1895 y 1898 cruzaron el Atlántico 1.547 cántabros, de los que murieron 528 (solo 21 por heridas de guerra, el resto falleció por las fiebres amarillas y las infecciones). El 18 de octubre de 1895 se publicó la Orden Real por la que 20 batallones de las diferentes provincias de España tenían que ir a Cuba. En la isla caribeña se formó el Batallón de Infantería Cantabria N° 39, que fue engrosándose con las sucesivas levas de 1895, 1896 y 1897, según consta en el Depósito del Ministerio de la Guerra de Madrid.

Hasta el final de la guerra España envió 250.000 soldados a los distritos de ultramar. En el documento ministerial se recoge que el 22 de noviembre de 1895 el vapor “Montevideo” salió de Santander con 936 soldados, de los que tres eran jefes y 41 oficiales. Después de haber desayunado en el café “Suizo”, les fueron entregados 811 escapularios y 500 medallas.

El 8 de septiembre de 1896 en el puerto de Barcelona, y a bordo de un buque de la naviera de Antonio López, marqués de Comillas, partieron 378 cántabros, de los que 11 eran oficiales. En 1897 el vapor “Bazán” zarpó rumbo a Cuba con 233 soldados, de los que dos eran oficiales.

El coronel cubano Raúl Izquierdo Canosa, a su vez, ha investigado el rastro de los 528 cántabros, con sus nombres y apellidos, que murieron en Cuba, indicando su lugar de fallecimiento, las causas de su óbito y los cementerios en los que fueron inhumados. Allí aún existen los Registros de Defunción recogidos por la Administración española, así como los de las parroquias y autoridades coloniales, en los que están escrituradas las causas del fallecimiento de cada uno de los inscritos.

La edad de los 319 cántabros fallecidos entre 1895 y 1898 oscilaba entre los 20 y los 24 años. Respecto a las causas de la muerte se certifica que 161 montañeses murieron por fiebres (por fiebre amarilla 130, fiebre infecciosa 18 y paludismo 13). En el apartado de “Causas desconocidas” y “Otras causas” se anotan 278 óbitos. El estudio recoge también el grado y categoría militar que cada uno ostentaba, su estado civil, la edad y su lugar de origen.



 Cañón de La Cavada y cargas explosivas de proyectiles a la entrada de la Plaza de la Catedral de La Habana.